



CAPÍTULO X.

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS DOS COMPADRES.

DON Máximo tenía razón. No era sinó un niño lo que aquella mujer llevaba oculto; sólo que la rapidez de la carrera, la ráfaga de la luz, y la velocidad con que pasó la escena que vamos á describir, le impidió conocerla á D. Máximo con todos sus detalles.

La mujer al sentirse perseguida y llevando en brazos aquel niño recién nacido, y que sin compasión estaba resuelta á aban-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, N.M.

donar, según las instrucciones que había recibido, y con las instrucciones una regular propina; la mujer, decíamos, viéndose perseguida pensó tomar el campo á toda costa.

El ruido de su carrera obligó al maestro herrero, que á la sazón daba vuelta á la llave de su puerta, á detenerse en esta operación, y al sentir que quien corría se aproximaba abrió la puerta: la mujer puso al niño en el suelo á los piés del herrero y siguió corriendo.

El herrero se adelantó, recogió al niño, y se cerró la puerta por su propio peso.

En este momento se paró D. Máximo y todo quedó en silencio.

D. Máximo regresó, y al volver la espalda al lugar de la escena, el herrero entró con el niño en su casa.

La mujer del herrero contempló estupefacta á su marido arrullando á un recién nacido.

—¿De quién es ese niño? preguntó próxima á ponerse fuera de sí.

—¡Mío! exclamó el herrero con una alegría casi paternal.

—¡Infame! exclamó la mujer del herrero con una voz casi de fiera.

—Entendámonos, mujer: este niño acaba de ser abandonado á nuestra puerta.

—¿Por quién?

—Por una mujer que corría.

—¿Oiga?

—La verdad.

—Esas serán tus salidas de noche.

--No.

—No, eh? ¡ya nos comeremos el gallo!

—Sí, pero entre tanto hagamos algo por este niño: no ha á vuelto á llorar, y esto es extraño: está frío y es tan chiquito!

—¡Qué clase de madre será ésa! no sé como ha podido ser de tu gusto; porque lo que eres tú tendrás malos gustos pero no mal corazón.

—Vamos, vamos, mujer, no hay que andarse con sandeces á estas horas; nuestro deber es socorrer á esta criaturita y no dejarla morir de frío y de hambre; que en

cuanto á su procedencia ya quedará tiempo para averiguarla.

Pronunció el herrero con acento tal de seguridad estas palabras, que la mujer se tranquilizó un tanto, y se prestó, aunque refunfuñando, á ayudar á su marido.

—Mira, mujer, este niño debe ser hijo de alguna madre desgraciada que no puede lucirlo como nosotros á los nuestros; se conoce que la mujer que lo llevaba tenía intenciones de tirarlo en la zanja; pero Dios me inspiró para abrir la puerta á tiempo, y la mujer sorprendida soltó la prenda.

—¿Y todo eso á qué viene? preguntó la mujer.

—Viene á que es necesario ocultar este niño y á que no se sepa que está aquí.

—Al contrario, es necesario avisarle al señor prefecto para que tome sus medidas y nos quiten este engorro.

—No seas cruel, mujer, y piensa en que á estas horas la madre de este niño llora y se aflige.

—No lo creas; las madres que lloran por sus hijos no los tiran.

—Pero si esa madre es una señora... casada, por ejemplo, que no pueda...

—¿Y eso á nosotros qué nos importa? que sea todo lo que quiera ser; pero no debemos nosotros cargar con pecados ajenos.

—¡Pero las buenas acciones, mujer, las buenas acciones!

—¡Para buenas acciones estamos ahora, que el obrador está como si se hubieran muerto todos los caballos del mundo!

—A pesar de todo, es necesario no tener mal corazón y tal vez nos agradecerán algún día lo que hacemos por este niño.

—¿Tú crees todavía en eso? Haz beneficios y verás lo que sacas.

—El gusto de hacerlos; mujer, me estás escandalizando.

—Y tú me estás dando en qué pensar volviéndote tan bueno con motivo de ese niño por quien te interesas más de lo que conviene á un hombre casado y con obligaciones.

—Me intereso por el niño por humanidad, y creo necesario ocultarlo porque na-

die nos autoriza para producir un escándalo y quitarle el crédito...

—¿A quién? se apresuró á preguntar la mujer del herrero, pretendiendo hacerlo caer.

—¿A quién? eso es lo que yo no sé ni puedo saberlo; pero sea quien fuere, debe ser una persona que tiene poderosos motivos para ocultarse.

—¿De mí?

—De tí y de todos, y de mí también.

—¡Ah! creía yo que de tí no tendría que ocultarse.

—¡Cállate!

—¡Hola, hola! ¡te incomodas! ¡me alzas el gallo! ¿Y así no quieres que sospeche? ¡Pues estamos lucidos! Todo esto corrobora mis sospechas y á mí no me envuelves; viejo y todo como eres no me la das, porque las mujeres pecamos de malicia; á mí no me venga usted con huevas, maestro herrador, y usted y esa criatura pueden ir saliendo de mi casa, ó armo una que suene por todo el pueblo.

El herrador arrullaba entre tanto al niño, y sólo contestaba á su mujer con una mirada de cólera.

—En resumidas cuentas, dijo el herrador al cabo de un rato, ¿no te prestas á socorrer á esta criatura? ¿no tienes corazón? ¿estás celosa? ¿sospechas de mi fidelidad? ¿crees que es mío este niño? Pues bien, aunque no lo es, lo adopto: lo declaro hijo mío y lo cuidaré para que no se muera; á tí nada te deberá, y cuando crezca, cuando comience á hablar, yo sólo le oiré decir papá, y no le enseñaré á decir madre, supuesto que no la tiene; yo le cuidaré, yo le proporcionaré alimento y todo lo que necesite sin deberte á tí nada, ni una mirada para el angelito... ¡Ah! ¡si lo vieras... pero no le verás... está abriendo los ojitos; estoy seguro de que si pudiera hablar, me diría: ¡muchas gracias, señor herrador! ¡usted es mi padre, porque á usted debo la vida! ¿Ya oyes esto? pues así lo he de oír yo de sus labios cuando lo enseñe á hablar. No, no es tu hijo ni lo será nunca; y á la verdad, yo tampoco quiero

proporcionarle al inocente una madre como tú, que antes de tener corazón de madre, tiene celos de tonta.

La mujer del herrador no contestó ni una soía palabra, porque las razones de su marido tenían un valor que ella no podía desconocer.

El herrador, que había tenido cinco hijos, conocía todo ese formulario de recursos que se necesitan para que se logre el sér humano; el hombre orgulloso y que se declara sin embarazo ni modestia, después de la papilla, señor de la creación.

El herrador atendió, con solicitud verdaderamente paternal, al tierno niño en presencia de aquella mujer, para quien cada solicitud de su marido á la criatura era un reproche para ella; pero cuyo reproche afrontaba, vigorizada con el poderoso estímulo de los celos.

Al día siguiente don Máximo, para quien era imposible prescindir de hacer investigaciones sobre cualquier misterio que le saltaba á los ojos, se levantó de madrugada

y dirigiéndose al lugar en donde, según su apreciación, se había perdido la mujer misteriosa, fué, de puerta en puerta, preguntando hasta dar con el herrador.

—¡Buenos días dé Dios á usted, maestro!

—Buenos días, D. Máximo! Es un milagro verle á usted en casa de los pobres.

—El pobre soy yo, maestro.

—¿Por qué, D. Máximo?

—Cuidados que no faltan.

—¿Le ha sucedido á usted algo?

—Vea usted, maestro, anoche....

El maestro herrador se puso sobre sí, y como estaba enterado de la fama de curioso de que gozaba D. Máximo, estuvo listo para disimular y ser discreto.

Fingió el herrador sorprenderse del relato de D. Máximo, y tuvo acierto para desorientarlo completamente.

D. Máximo, por su parte, experimentó un verdadero disgusto al perder la pista, pues el maestro herrador era el último en quien tenía fundadas todas sus esperanzas; de manera que se volvió contrariado y ca-

bizbajo, y meditando poner en ejecución algún otro plan que diera por resultado apoderarse de la clave de tantos misterios.

La mujer del herrador fué cediendo poco á poco y prestándose á complacer á su marido, y á prodigarle cuidados al recién nacido.

Pasaron dos meses y ninguno de los vecinos del herrador se apercibió de que en la casa había un niño.

La mujer del herrador tuvo un día una conferencia con el cura del pueblo en el confesonario, sobre el partido que debía tomarse para bautizar al niño en secreto: arreglose todo, y una noche el herrador y su mujer entraron por la casa del curato, y atravesando la nave de la iglesia, que no estaba iluminada más que por una lámpara, se instalaron en el cuadrante para esperar al cura.

Allí recibió el niño el agua del bautismo y el nombre de Gabriel con que le hemos conocido.



CAPÍTULO XI.

EN EL CUAL CONOCERÁ EL LECTOR LOS
PODEROSOS MOTIVOS QUE TUVO
GÓMEZ PARA NO CONCURRIR Á LA
CITA DE SALOMÉ.

HACÍA ocho días de aquél en que hemos visto á Gómez hablando con Salomé, que el Pájaro, Gómez y dos compadres más, habían desbaliado á unos pasajeros muy conocidos del Pájaro, pero á quienes Gómez tenía el honor de ver por la primera vez.

Aquel golpe puso á Gómez en posesión